

Soy un hombre

Aquí no llora nadie.
Hay tanto que llorar que nadie llora.
Aunque la casa irradie
sobre mí sus angustias, soledad incolora,
aquí no llora nadie.
¡Nadie llora!

Espantos de silencio,
soledades sin fondo,
mudamente presencio,
y en mi dolor de sangre mis lágrimas escondo.

¡El Océano ha muerto! Barrieron la ceniza
de la encina sin jugo cataratas de viento,
y el jazminero azul ya no desliza
su tímido perfume por el patio sediento.

Y han muerto los rosales
ahogados por el pasmo de la casa aterida.
Sólo me quedan males.
En esta muerte helada yace mi muerta vida.

Que vengan esos hombres que tienen voz de acero,
los que doman los ríos y saltan los torrentes,
y entre las nubes se abren un sendero.
a través de los truenos, sobre mares hirvientes.

¡Que vengan a mirarme! Mas no me compadezcan.
Cruzaré sin desmayos el desbordado río.
Saltaré los torrentes, aunque a la cima crezcan.
Y me abriré un sendero por este desvarío.

Ya lo he perdido todo. Ya no sé ni mi nombre.
Sólo el dolor me queda, que el hierro siempre ahonda.
A mi voz, lirio muerto, no hay nadie que responda.
Pero al fin me he encontrado conmigo: ¡Soy un hombre!

Badajoz, Abril, 1949.

FRANCISCO RODRÍGUEZ PERERA



Voces y expresiones viciosas

Cualquiera y cualesquiera

HE aquí, caro lector, un adjetivo indeterminado o indefinido que trae a mal traer a escritores y periodistas. Pero no se crea que a escritores y periodistas de tres al cuarto— que de todo hay en la viña del Señor—, sino de muchas campanillas. Y todo por una pícara S que en vez de ir al final de la palabra, como hacen los franceses con su *quelconques*, va en medio de ella, bien arropadita con las demás letras, cual niño en mantillas.

Sépanlo los que no lo sabían y recuérdelo cuantos lo habían olvidado: cualesquiera no es más que el plural de cualquiera, como quienesquiera el de quienquiera, hijosdalgo el de hijodalgo, etc. De aquí que cometan crasísimo error los *plumíferos* que creyendo dar el golpe, echándose las de finos, pulidos, elegantes y exquisitos, escriben así: «*Cualesquiera* disposición que se dicte por el Gobierno en este sentido, será bien recibida» o «Un libro *cualesquiera* tiene siempre algo bueno, como dice Cervantes».

¡Tate! Lo dijo Cervantes por boca de su Bachiller, en el capítulo III de la Segunda Parte de su obra inmortal; pero también es cierto que antes que él lo había dicho Plinio; y sabe Dios de donde lo habría tomado éste. *Nihil novum sub sole* se lee en el Eclesiastés. Volvamos, empero, a nuestro tema, pues ninguna falta nos hace tal erudición y es posible que cualquier desamorado lector la juzgue empalagosa e incluso indigesta.

Ni en el primer caso, ni en el segundo, está bien empleado el adjetivo *cualesquiera*. Malamente puede concordar con «una disposición» o con «un libro» lo que expresa plural y está, por tanto, pidiendo a voces «dos o más disposiciones» o «dos o más libros».

Veamos confirmada nuestra doctrina con la siguiente jurisprudencia, como diría *cualesquiera* rábula o picapleitos. (1)

«... de cualquiera manera y con cualquiera intención que ese mazo venga...» Cervantes. (*La Gitanilla*).

«... y defendidos de cualesquier acontecimientos malos», Fray Luis de León. (*Los nombres de Cristo*).

El ejemplo que transcribimos a continuación es decisivo, porque en él se usan los dos números: singular y plural.

«Que todas y cualesquiera obras de Dios son nuevas y cualquiera cosa que una vez hizo, siempre la hizo, y esto por su inmutabilidad».

Fray Juan de los Angeles (*Obras místicas*).

Vayan a manta de Dios otros cuantos.